

# UNA OPINION COMO CUALQUIERA OTRA

(POR RAMON VASCONCELOS)

**M**e felicito de que el HERALDO DE CUBA, diario independiente, se decida a serlo de veras y abra sus columnas a todas las opiniones, porque de este modo establece un precedente insólito y educativo en la prensa cubana, que es una de las más sectarias, más refractarias a la libertad de pensamiento y de menos peso en la opinión de cuantas existen en el mundo.

En Cuba la prensa es imponderable, repito, e inocua. No pesa en la opinión pública ni la crea, y de ese divorcio entre el pueblo y los que debieran ser sus órganos, resulta un doble daño: para los órganos de publicidad y para el pueblo. Para éste, porque carece de cultura cívica y de fe, cosa muy explicable esta última si se tiene en cuenta que rara vez se le dice la verdad "verdadera", y cuando se le dice, por hábito adquirido cree que se le sigue engañando. Y para aquéllos, porque ninguno de ellos alcanza la circulación suficiente para abrir surcos a la opinión pública ni la fuerza moral indispensable para que sus afirmaciones no sean puestas en tela de juicio y sus campañas surtan el efecto apetecido. Los únicos periódicos que circulan son los políticos y la opinión que crean es opinión política, que no es la que en realidad imprime orientaciones a la masa neutra, o sea la más útil y la más productiva. El diario que más tira, no alcanza nunca una circulación mayor de cincuenta mil ejemplares. En un país de tres millones de habitantes, una circulación total de doscientos mil ejemplares escasos, resulta la de un pueblo casi analfabeto. El día que haya un verdadero diario de opinión, leído por los que hoy miran con reserva a la prensa, tirará más de cien mil ejemplares. Por lo demás, hasta el presente, los periódicos independientes son los que gozan aquí de menos independencia, a causa de la enorme cantidad de "intereses creados" que giran en su torno y enajenan su libertad de acción.

(Antes de pasar adelante, pido disculpa al HERALDO DE CUBA por el abuso que hago de la hospitalidad que hoy le ofrece a mi pluma, que se siente tan regocijada y tan a gusto fuera de la disciplina habitual como un pupilo en vacaciones).

Si yo hubiese encontrado en estos últimos meses tribuna en que exponer mi criterio al desnudo, ahora no tendría necesidad de hacerlo, y ya que se me presenta la ocasión, permítaseme que lo muestre sin rebozo.

El retraimiento puede ser trágico: cuando sirve de antesala a una revolución; o de sainete: cuando sirve de puerta falsa a una retirada irremediable. En el primer caso reafirma la cohesión y robuertece el espíritu de sacrificio de los partidos. En el segundo es una cobarde deserción de la lucha que redime y glorifica. Existe una forma intermedia del retraimiento, y es la de ahora: la tragicómica. El liberalismo no empuña el rifle ni se mete debajo de la cama. Pero su acción, si no es agresiva, tampoco es inofensiva. Perturba, siembra la desconfianza, mantiene al país en sobresalto y a los americanos en acecho. Ese retraimiento es un puente tendido a la ocupación extranjera. ¿Es esa la finalidad que se persigue?

¡Horrible! ¡Antes, veinte años más—que ya es castigo—de gobierno menocalista!

El espectáculo que estamos dando en estos momentos es el de un manicomio suelto. Ni en los instantes de mayor peligro nos ilumina un chispazo de lucidez. En las contiendas cuerpo a cuerpo, en las guerras civiles, hay pasión, hay ferocidad, y la sangre que corre es un tributo al amor propio herido. Los pueblos que conservan su amor propio, no han muerto aún y se puede esperar que surja en ellos una reacción salvadora. Nuestro pugilato electoral da la impresión de un resblandecimiento moral tremendo. Es un cuadro repugnante míserimo, nauseabundo. Sobre la charca infecta de las ambiciones no vuela ni una mariposa de ensueño. Sobre el desorden del lupanar, ni un ideal noble. Y el país, sobrecogido de espanto, asiste a la bárbara riña de apaches. Y como ese país no habla ni actúa, se usurpa su función selectiva y se adultera su voluntad. Es más, se le desconoce y se le relega a un plano inferior, sin perjuicio de invocarse constantemente y atribuirsele las más absurdas determinaciones políticas.

En todas partes la política se orienta de acuerdo con las necesidades de las fuerzas vivas y nacen o desaparecen los partidos según reciban o les falte el calor de ellas. Aquí sucede lo contrario. Por eso ni el comercio, ni la agricultura, ni la industria, ni el obrero son consultados ni tenidos en cuenta, y hasta se da el caso de que, cuando engieren alguna solución, se pregunte a nombre de quién y a título de qué dan su parecer en cuestiones "que no les incumben".

Eliminados los elementos sanos, los elementos "constructores," la médula del país, ¿qué resta? La burocracia disolvente y absorbente, que todo lo subordina a una credencial y a la esperanza de enriquecimiento rápido. Sin moral, sin concepto de la responsabilidad patriótica ni sentido de previsión, la lucha política es un romance de lobos al borde de un abismo.

Si rodaran solamente los partidos, sería lo de menos; lo peor es que arrastran la soberanía, que es un patrimonio del pueblo; que no debe ser una pelota de "foot ball" de los partidos.

Existe un campo neutral que jamás traspasan los sectarismos políticos en los países siquiera de mediana preparación cívica: la seguridad nacional. Ahí, como a las puertas de un templo, se deponen las armas, se humillan los resentimientos, se arroja un velo sobre los odios y se juntan las manos, en nexo fraternal, ante los altares en que deben oficiar las más puras virtudes cívicas. Fuera de ese recinto de sólido acoplamiento, de absoluto desinterés patriótico, los partidos y los hombres pueden acometerse, transigir, disolverse, coligarse o fenecer; pero cuando el principio fundamental de la nacionalidad corre algún riesgo, por leve que sea, se borran todas las líneas divisorias y se establece un armisticio para realizar una labor conjunta armónica, vigorosa, capaz de consolidar las instituciones bajo las cuales se cobijan todos. Entonces la política encanada de las facciones desaparece y se inicia la política de concentración y de



PATRIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA

bloque. Como se hizo en Francia durante la guerra y como sucede en España cada vez que se producen crisis muy graves. Es que en esa hora suprema ni el rey, ni el presidente ni el gobierno pueden ser considerados como adversarios; por encima de los partidos, del gobierno, del presidente y del rey está algo sacrosanto: la nacionalidad, la seguridad del Estado—lo intangible.

En ese punto de peligro, en que la única fórmula eficaz es la transigencia recíproca de los partidos, nos encontramos los cubanos. Ya no se trata de Gómez ni de Zayas, de Menocal ni de Núñez: se trata de la intangibilidad de la república, de la conservación de la independencia. O nos ponemos de acuerdo, o la perdemos. Si tan fácil es una cosa como la otra, ¿por qué no hemos de entendernos? Ahora sería criminal hacer política de partido, porque la única política salvadora es —ahora— la política de bloque. Probablemente los partidos no la aceptarán; pero es preciso imponérsela, como se le hace tragar a un enfermo grave la pócima que ha de curarlo.

Los responsables de este caos pavoroso son los directores de la política, que han canalizado la opinión por cauces funestos. El dinero y el peculado corrompieron al cuerpo electoral y ahuyentaron a las clases productoras del estado político, hasta que las asambleas y los cargos representativos quedaron, por regla general, en manos de los peores. El matón, el jugador de bolsa y el cortesano fueron los dueños de la cosa pública, y el revólver, el oro y la intriga mixtificaron y dominaron la voluntad popular. Hubo asamblea que gritó "¡abajo los doctores!"; porque hasta la condición de intelectual fué considerada una tacha para aspirar a candidato.

El Gobierno, por su parte, ha procedido con insigne torpeza en estos cuatro últimos años, amordazando a la prensa y constriñendo la esfera de acción de los grupos opositoristas. Consecuencia de esto ha sido que, como no se puede encadenar el pensamiento, lo que no se pudo decir en el país, se dijo en el extranjero con quebranto del crédito nacional, y que la oposición, acosada, sin válvulas de escape para sus sentimientos ni oportunidades de desquite para sus aspiraciones, ha concebido la monstruosa idea de refugiarse entre los brazos de un árbitro que siempre sería un tirano mucho más cruel y más intolerable que cualquiera otro.

El Gobierno ha podido alternar el régimen de la mano dura con el de la mano suave y brindarle al liberalismo ciertas ventajas, o por lo menos facilidades electorales. En España, en Inglaterra y en Alemania, apenas los elementos radicales se encrespan y estalla la crisis, el gobierno les abre de par en par las puertas del Congreso y aún del mismo ministerio, hasta que obtiene el equilibrio y la normalidad se restablece. En cambio, entre nosotros los gobiernos son implacables con las oposiciones, sin pensar que éstas son indispensables para el perfecto funcionamiento de la vida nacional.

Esa intolerancia política es el rezago de la época colonial. Entonces el adversario era "el enemigo", y hoy sigue siéndolo. El régimen ha cambiado, pero la mentalidad del gobernante sigue siendo la misma, y para la obra democrática son igual rémora los adictos al coloniaje que el veteranismo. (Conste que no digo los veteranos, sino el veteranismo, o lo que es igual, la tendencia a dividir la nación en castas y a entronizar una política exclusivista). El "general" merece toda clase de honores por su labor revolucionaria; pero tiene la manía de confundir el gobierno con el mando de un ejército, es que las órdenes se acatan sin réplica y las desobediencias se castigan severamente. El integrista, por su parte, vive con la mirada fija en el pasado y no perdona el triunfo de la Revolución. Son los extremos, las tendencias tradicionalmente antagónicas. Esa pugna permanente, sin tregua, es el mayor obstáculo con que tropieza la política republicana, igualitaria, renovadora. Para empezar tal renovación, habría que pensionar con largueza a nuestros gloriosos generales y reverenciarlos como reliquias patrióticas y retirar definitivamente a los integristas, encerrándolos en un museo de curiosidades coloniales.

En síntesis: el retraimiento sería grave si los acuerdos del Comité Ejecutivo Liberal se acataran. Pero yo presumo que van a ser desacatados, porque ¿quiénes y cuántos son los cándidos que están sinceramente dispuestos a renunciar a sus actas o siquiera a la posibilidad de obtenerlas? Aquí va a ocurrir, si no me engaño, lo siguiente: el Ejecutivo circulará su acuerdo, las elecciones se celebrarán más o menos tarde, los candidatos no se darán por aludidos, los "listos" se aprovecharán de las circunstancias para reforzarse y a la postre quedarán maltrechos nuestros compromisarios presidenciales. Y como en nuestro país nadie se acredita ni se desacredita por nada, los "vivos" se llevarán la tajada entre los dientes.

Y esa solución de desverguenza, quizás sea la única fórmula viable de supervivencia que haya en la actualidad.

A nuestro pasado magnífico sigue un presente abominable de abjuraciones y egoísmos; pero debemos confiar en el futuro próximo.

Después de las elecciones se tendrán que disolver los actuales partidos, caducos ya y desacreditados por una larga serie de errores. Se disolverán, porque la opinión pública no les brindará más calor. El clamor es unánime: hombres nuevos, métodos nuevos, orientaciones nuevas.

Ahora bien, la textura de los partidos tiene que modificarse, y en vez de estar centralizados, monopolizados por comités ejecutivos, deben organizarse sindicalmente, como ya se hace en numerosos países europeos, es decir, con un directorio que presida por elección momentánea y circunstancial cualquiera de sus miembros; y para la inteligencia con el resto del partido, bastará la creación de directorios locales, organizados en la misma forma, que designarán comisionados con poderes limitados, precisos y para casos determinados. De ese modo se destruye la política perturbadora de las camarillas y el control queda siempre en manos de los partidos y no de señalados directores.

Soy optimista. No creo en los actuales conductores del pueblo, pero en él tengo fe. La corrupción está entre los viejos. El músculo recio, la savia nueva, está en la juventud que se abre paso silenciosamente, pero con seguridad y firmeza, por entre el tumulto de los apóstatas, que, embaucados por las concupiscencias, destruyen sin gloria lo que tardaron medio siglo en edificar con abnegación.

RAMON VASCONCELOS.

Cárcel, marzo 14, 1921.

*Heraldo de Cuba*  
*Marzo 15/92*

